



Malvinas: resignificar, planificar y actuar

Juan Recce*

Comprender Malvinas no es sencillo. Cuando las motivaciones estratégicas suelen ser tan elevadas, y por ello tan distantes de nuestro vivir cotidiano, el fenómeno se vuelve tan “superliminal” que obnubila. Lo obnubilante sin una traducción que genere expectativas concretas y palpables, por su distancia temporal y material, puede llevarnos por el camino de la mera pasión, el tedio o el menosprecio.

A treinta años del conflicto del Atlántico Sur, dos parecen ser nuestros mayores desafíos sociales y políticos. En primer lugar resignificar, para luego, en segundo lugar, planificar y actuar.

Resignificar implica asumir el reto de comunicar una nueva puesta en valor que redimensione la memoria colectiva y la habilite a incorporar “nuevos posibles conocidos” en torno a la problemática geoestratégica de Malvinas, permitiéndonos re-interpretar el valor presente y futuro de Malvinas en tres dimensiones:

- una dimensión geopolítica, es decir, qué está en juego en el gran ajedrez global conducido por los aparatos estatales de las potencias centrales que los moviliza a condicionar la percepción y el margen de maniobra de terceros anticipadamente;
- una dimensión geosocietal, es decir, qué hay debajo de ese ajedrez público-estatal que permite o dificulta la aprobación social de tal geopolítica y cuáles son los límites trazados, y bajo qué criterios, para generar tal aprobación o desaprobación;
- una dimensión geoeconómica, es decir, cómo actúa el capital privado sobre las otras dos dimensiones y cuáles son los objetos que constituyen la base de la disputa bajo una lógica de presuuesta escasez.

Si resignificar es el quiebre de la conciencia en busca de la ampliación de lo posible conocido, planificar y actuar es, a un mismo tiempo, el quiebre de la válido en pos de la creatividad y el doblegamiento de la inercia en pos de la transformación anticipada.

Por ello, respecto de planificar y actuar, tal vez, nuestros mayores desafíos sean: a) ganar profundidad estratégico-territorial con bajo costo social y con los más altos réditos posibles para el desarrollo, y b) ganar profundidad popular nacional e internacional a fin de expandir las fronteras de la legitimidad de la causa Malvinas.

* Director Ejecutivo del Centro Argentino de Estudios Internacionales y miembro de la Iniciativa Cruzada de los Pueblos por Malvinas.

1. Resignificar

¿Qué implica resignificar?

En el mundo social hay normas constitutivas y normas regulativas. Las primeras crean cosas, así, por ejemplo, las normas de truco constituyen el juego de truco, expresan su ser al mismo tiempo que explican su funcionamiento y condicionan su significación. Sin sus normas el truco no existe. Las convenciones sociales están escondidas en el juego a tal punto que devienen en imperceptibles y por tanto incuestionables para los propios jugadores. Imbuidos en el juego, simplemente juegan. Las normas regulativas, en cambio, reorientan el funcionamiento de las cosas montándose sobre las normas constitutivas que las anteceden, pudiendo cambiarlas pero siempre en tanto se respeten sus marcos.

Cuando el hombre redescubre que las cosas que el olvido había constituido pueden ser reconstituidas, entendidas y denominadas de otro modo, y decide hacerlo, estamos frente a una revolución. Si tal revolución cambia el significado de las cosas estamos frente a una resignificación que reconstituye el valor y la utilidad objeto. Pues si el truco es sólo un juego, y este juego no nos sirve, no sólo podemos barajar y dar de nuevo, sino también constituir otro juego.

En clave geopolítica

Hace sólo treinta años, las solitarias islas del Atlántico Sur no eran más que una humilde aldea donde la delgada línea entre lo público y lo privado se borroneaba en la frágil ecuación material de una olvidada economía de subsistencia.

La Guerra del Atlántico Sur dio un impulso sin precedentes al crecimiento isleño. Pronto la comunidad isleña devino en una dinámica economía de servicios. La “PyME kelper” beneficiada por el soplo de vida keynesiano insuflado por Reino Unido estructuró su macroeconomía con criterios microeconómicos. Un pequeño complejo empresario bastó para administrar cuatro nichos de gestión: licencias de pesca a barcos de bandera extranjera, concesión de áreas de explotación petrolera a multinacionales del rubro hidrocarburos, turismo y triangulación de capitales financieros. A causa de este modelo, en la práctica, no existe desde entonces una clara diferenciación entre el Consejo de Gobierno de las Islas y los gerenciadorees de la PyME, salidos de entre sus vegetativamente estables dos mil habitantes, quienes toman licencias para ocuparse de los cargos públicos.

Malvinas ha dejado de ser un espacio geopolítico irrelevante en el sistema de poder mundial desde el momento en que el bloque de integración regional más importante e influyente de la comunidad internacional se expidió al respecto. En el Tratado de Lisboa, las 27 voluntades soberanas de la Europa Comunitaria han redefinido el valor estratégico de los territorios británicos de ultramar, al igual que lo hicieran con los últimos vestigios de capital geopolítico de las potencias coloniales de los siglos XIX y XX. Malvinas, Guyana Francesa y el Caribe Anglo-franco-holandés constituyen ahora parte del patrimonio residual de las potencias coloniales usufructuable por la Europa Posmoderna.

Si bien el pronunciamiento realizado en el Tratado de Lisboa carece de efectividad jurídica *erga omnes* y la Argentina reaccionó con firmeza en el momento oportuno, Lisboa es un acto político. Malvinas, Georgias del Sur, Sandwich del Sur, los espa-

cios marítimos circundantes y el Sector Antártico Argentino forman ya parte del imaginario geopolítico europeo del siglo XXI.

Es decir, en estos treinta años, el Reino Unido logró un triple blindaje del conflicto: 1) la pretendida autodeterminación de los isleños, 2) su propio reclamo de soberanía territorial y 3) el paraguas de las 27 voluntades soberanas de la Unión Europea.

Malvinas y la Antártida son, para el Reino Unido, parte de un único sistema estratégico de poder, cuyos márgenes se amplían con sus territorios de ultramar ubicados en el centro del Atlántico Sur. Las islas de Ascensión, Tristán de Acuña, Georgias y Sándwich de Sur, le confieren el control logístico del camino de occidente a la Antártida. Aunque los británicos se esfuerzan por decir que Malvinas y la Antártida son temas distintos, su punto de proyección logístico es Puerto Argentino.

El cálculo geopolítico sobre Malvinas tiene más que ver con el futuro de la economía real inglesa que con el presente y pasado de la autodeterminación isleña.

En este juego de significaciones constituidas, el poder inglés en el Atlántico Sur devino en un poder “normalizado”. Esta normalización omite y habilita. Por ello, resignificar implica volver a sorprenderse, pero no ante el incremento, sino ante la sola presencia: las capacidades navales británicas en el Atlántico Sur constituyen un gesto ofensivo hacia una Nación que clama por el restablecimiento de las negociaciones bilaterales promovidas por la resolución 2065 de las Naciones Unidas. Cualquier gesto ofensivo merece la atención del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

Miremos la historia, toda normalización omite y habilita. No podemos dejar que el rompecabezas del Atlántico Sur y la Antártida se parezca al de Irak, Afganistán o Libia. El poder militar es siempre dual, no existen capacidades militares ofensivas y otras defensivas, depende del contexto interpretativo y de los gestos políticos que acompañen a tales recursos bélicos. El poder inglés en el Atlántico sur es un poder ofensivo y usurpador.

El Reino Unido apostó, como lo ha hecho innumerables veces a lo largo de su historia, a la política de los garrotes. La historia da cuenta de cómo su conducta ha condicionado negativamente el porvenir de millones de seres humanos a lo largo de la historia. Echemos una mirada al pasado cercano de los siglos XIX y XX: China, India, África Subsahariana, Medio Oriente, los Balcanes e Irlanda. Echemos una mirada al mundo contemporáneo: Irak, Afganistán, Libia e Irán. En el campo se dice que las vacas son voraces; si no se alambraban acababan con las pasturas. El Reino Unido es una de esas vacas voraces que no reconoce ni alambrados ni boyeros.

En clave geosocietal

Nuestro mundo es mundo Europeiforme, es decir, es un mundo constituido a la imagen y semejanza de las necesidades de Occidente. Los remanentes de esa arquitectura son los que han habilitado a lo largo de la historia la normalización y la consecuente aprobación social del accionar del poder colonial en el mundo en vías de desarrollo. Violencia (Hobbes), Utilidad (Ricardo) y Escasez (Malthus) representan el hilvanado filosófico constituyente y normalizado de ese sistema Europeiforme, y aun, residualmente Victoriano.

Pero la resignificación social desnormalizadora ya empezó. Miremos a los indignados, miremos la primavera árabe, miremos a los pueblos de América Latina, miremos a China y a la India: nuestro mundo es muy distinto al de la Era Victoriana. Desde

1955, pero mucho más desde el fin de la Guerra Fría, la capacidad de metabolización global de los residuos coloniales activos es cada vez menor.

Dice Zbigniew Brzezinski (no Cox, Sunkel o Wallerstein) que “estamos entrando en una etapa histórica en la que los individuos, en China e India, pero también en Nepal, Bolivia o Venezuela, no toleran más las enormes disparidades en la condición humana”¹.

El surgimiento de nuevas visiones geopolíticas en torno a nuevos actores geopolíticos distintivos, portavoces de aquellos que exigen, cada vez con mayor vehemencia, “una respuesta colectiva de parte de Occidente”² de cara a las (in)equidades globales normalizadas en la historia son el caldo de gestación de un mundo no Europeiforme. El presente de Malvinas se monta en este proceso.

El Reino Unido es Goliat y Argentina es David. Goliat tiene una banca permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas con derecho a veto; tiene un moderno y poderoso sistema de defensa; controla las finanzas globales; aglutina a 54 países sobre 197 existentes en la Comunidad Británica de Naciones; y enarbola con hipocresía el prístino y noble estandarte de la libre autodeterminación de los pueblos, como mascarón de proa de sus “intereses permanentes”.

Aunque la ecuación lineal “newtoniana” es muy asimétrica, David es un “heisenbergiano” que cree en la relatividad, y en el poder superador de la legitimidad y la paz. Sabemos cómo termina la historia de David y Goliat.

En clave geoeconómica

Malvinas debe ser comprendida en clave economía de real pero con múltiples lupas convergentes: el cambio climático, la biodiversidad de aplicación farmacéutica y la transformación de la matriz energética global. Las oportunidades no dan treguas, o se participa o alpiste.

Este momento particularísimo de la historia mundial se asemeja en sus aspectos estratégicos a los de la primera y la segunda revolución industrial, aquellos momentos decisivos en que desde Occidente contra Occidente se reformularon las normas constitutivas del orden económico global de su época.

En su momento el Reino Unido lo comprendió y tomó la posta de la economía real con la máquina a vapor, superando rápidamente a la economía especulativa del oro y la plata del orden hispánico. Las “cosas” no le dieron tregua a la “especulación”. En la segunda revolución industrial, Estados Unidos, Alemania y Japón tomaron la posta que el Reino Unido dejó, apostando a la industria química y al motor a explosión, superando rápidamente al apogeo victoriano del sistema inglés que sucumbía al ritmo de la burbuja de la economía londinense. Cada uno a su turno, barajó y repartió de nuevo e incluso bastante más.

Desde hace poco más de una década los talleres del mundo se relocalizaron en el sur, el nuevo sur global³, haciendo posible plantear hoy una reconfiguración de la

¹ Zbigniew Brzezinski, Entrevista: *Victory Would be a Fata Morgana*, [Spiegel online International](#), 12 de Septiembre de 2006.

² Zbigniew Brzezinski, 2006.

³ El sur es más que un mero espacio geográfico, es una idea que re-otorga significado al espa-

estructura internacional de poder sobre la base de la producción, la economía real, y ya no sobre las finanzas, la economía virtual.

Cuando este proceso de migración intencionada de factores productivos del norte al nuevo sur global comenzó, escondía un proyecto de poder para Occidente: la gestión remota de la economía real y el acrecentamiento de la burbuja especulativa que alimentaba la economía financiera. Dumping comercial, dumping ecológico, dumping social y dumping financiero fueron los canales por los que las asimetrías que marcan el diferencial entre el independiente y el dependiente. Ese proyecto fracasó.

Aquella migración de los factores productivos al sur había sido pensada como un proceso de inversión extranjera directa vertical, vertical como su incidencia política sobre la economía y las políticas públicas. Dos velocidades, una para el mundo emergente de gran porte, cuya escala demográfica aseguraba mano de obra barata sin costes sociales y licencias para el impacto ambiental. Otra para el mundo emergente de mediano porte, como nuestro país, ponderando una lógica extractiva exacerbada y primarización total de la capacidad productiva.

Países como China, India e incluso Brasil, estaban pensados para ser los talleres del mundo, gerenciados a la distancia y controlados a través de vínculos financieros desde Occidente. Para lograrlo fue necesario que la inversión transportara capital, conocimiento y *know how*, en la medida suficiente como para no propiciar un ciclo de autonomía productiva peligroso.

Pero la máquina se salió de control. La inversión fue aspirada abruptamente al ritmo de la movilidad social ascendente propiciada por el empleo y la consecuente ampliación del consumo local. El poder fiscal relativo de estos países se incrementó posibilitándoles por primera vez en la historia devenir de deudores en acreedores de los países desarrollados. El G8 no estaba preparado para una relocalización tan abrupta de la economía real en el mundo emergente. La prioridad geoeconómica de Occidente hoy, es asegurar el mayor control posible sobre enclaves críticos de economía real pero a la antigua, es decir, con un control real y efectivo del espacio y no mediado por reglas y procedimientos financieros.

Occidente comprendió que la economía real marca hoy el pulso del crecimiento global, pauta la sustentabilidad fiscal de los Estados condicionándolos geopolíticamente y ciñendo el universo de posibilidades de su matriz productiva. Malvinas es un pequeño eslabón de este proceso.

El petróleo es un tema importante en la disputa por Malvinas, pero hay más. Malvinas y la Antártida son para el Reino Unido parte del mismo esquema de poder. El destino del reclamo inglés sobre la Antártida y su consecuente impacto sobre la economía real inglesa de las próximas décadas, está asociado al futuro de la cuestión Malvinas.

¿Cuál es inventario de bienes en disputa? Por un lado, hay agua, todos lo sabemos, pero por sobre todo lo que importa es la biodiversidad desconocida, de alto

cio y al modo en que las relaciones se generan. Cuando hablamos de sur, me refiero a tres ámbitos de relaciones estratégicas que se resignifican para Argentina en clave sureña: el sur regional, con Unasur al frente; el sur global, conocido también como relaciones “sur-sur”; y el sur austral, donde la agenda antártica nos permite entender con otros ojos la cuestión Malvinas y sus connotaciones globales.

valor para la industria farmacéutica. A través del Servicio Antártico Inglés, cuyo mayor aporte económico es el consorcio británico de investigación biomédica, el Reino Unido investiga, homologa, clasifica y patenta genomas de organismos que son capaces de vivir a 20 grados bajo cero. La carrera hoy es por el patentamiento de esa biodiversidad.

Por otro lado, están los recursos minerales del subsuelo. Hay 70 veces más recursos sumergidos en los océanos que en la superficie terrestre. Inglaterra tiene que ir afuera de su propio territorio para conseguir los elementos materiales que le aseguren su propia sustentabilidad. Siempre ha sido así, hoy mucho más. Argentina y los países de América del Sur entendieron que seguir con un esquema colonial de usufructo de estas riquezas es un embargo para nuestra prosperidad. Nuestra economía real del futuro pasa por el control de esos recursos y su uso inteligente.

A través del sistema ARGOS, el Reino Unido monitorea temperaturas, salinidad y corrientes submarinas de todo el mar antártico. La carrera es por el patentamiento de la diversidad biológica para fines de farmacéuticos, es por el control de los recursos mineros sumergidos en la plataforma continental y por el control de los tal vez existentes recursos hidrocarburíferos de los subsuelos.

2. Planificar y actuar

La geopolítica es un rompecabezas dinámico, las movidas de anticipación modifican el modo en que van a calzar las próximas piezas, desplazando el horizonte de lo posible y rediseñando la forma final del cuadro. Nunca se sabe cómo se va a quedar, sólo sabemos que si no participamos del juego nunca habremos condicionado su forma conforme a nuestros intereses.

Re-pensarse implica activar nuestra “imaginación geopolítica”⁴, para pasar del determinismo geográfico a la posibilidad geográfica⁵, y, por tanto, del determinismo jurista a la posibilidad política.

En busca de profundidad estratégico territorial

La crisis en la matriz hidrocarburífera global, la incertidumbre frente al cambio climático, el agotamiento de las reservas mineras estratégicas y el boom de la biodiversidad marina aplicada a la industria farmacéutica han resignificado la cuestión Malvinas y la cuestión Antártica constituyéndolas en un único tema estratégico de relevancia vital para planificar el futuro de la sustentabilidad económica y productiva de nuestro país, de la región y del mundo.

Debemos reinterpretar a Malvinas y a la Antártida, no sólo como un único vector estratégico, sino fundamentalmente como un factor de desarrollo económico y de prosperidad material para nuestro pueblo. Para ser potencia media, nuestro país debe consolidar su profundidad estratégica. Miremos a nuestro alrededor y veremos cuán

⁴ Cfr. John Agnew, *Geopolitics: Re-Visioning World Politics*, London, Routledge, 1998.

⁵ Cfr. John O’Loughlin, *New Geopolitics*, En: John O’Loughlin, *Dictionary of Geopolitics*, Westport, Greenwood Press, 1994

importante es. Brasil la ganó en dos direcciones, la “Amazonia verde” durante el siglo XIX, y la “Amazonia Azul” en el siglo XX. Sudáfrica, con su idea de “Nación marítima”, y Chile con su “Mar presencial” fueron por el mismo camino. Este es nuestro tiempo. Nuestra generación tiene que comprender que el futuro de una Argentina próspera, desarrollada y soberana depende, en gran medida, de profundizar los logros argentinos de la última década en materia de política exterior malvinense y antártica. Los recursos para la construcción de una Argentina Potencia Media están a la mano, al sur austral, junto con Sudamérica.

Malvinas y Antártida son para el futuro de nuestra economía “real” un vector estratégico tan clave como lo es el litio del Salar de Uyuni para Bolivia, la cuenca petrolera del Orinoco para Venezuela, o la de Santos para Brasil. Renunciar a nuestro patrimonio de genomas, biodiversidad, riquezas minerales, y tal vez petróleo, sería tan crítico para nuestro futuro como lo hubiese sido renunciar a nuestra Pampa Húmeda a mediados del Siglo XIX. Imaginemos qué sería hoy de nuestro modelo de desarrollo si hubiésemos errado en aquella apuesta.

De la misma forma que Uyuni, el Orinoco y Santos, las riquezas del sistema Antártida-Malvinas son un patrimonio colectivo para la prosperidad de Sudamérica.

Nuestra profundidad estratégico-territorial en el sistema Antártida-Malvinas tiene que estar asociado a nuestro desarrollo antes que al incremento de nuestro poder relativo militar. Por ello, nuestra avanzada en Malvinas debe ser el CONICET. A diferencia de 1982, la batalla se da en el campo del conocimiento y la carrera no es armamentista sino científica. Siempre ha sido así, al menos desde la modernidad.

Aunque los intelectuales más conservadores se esfuerzan por decir que la historia de la política internacional se resume en ruidos de cañón, sangre y fuego, esa no es más que la triste e insulsa cáscara de los procesos mundiales. El Reino Unido logró un lugar privilegiado en la historia gracias a la Primera Revolución Industrial; Estados Unidos logró el suyo gracias al impulso social y económico que le permitió la carrera por la Segunda Revolución Industrial. Para ambos la guerra fue un catalizador pero no la causa. Detrás, siempre ha habido mentes brillantes desplazando el horizonte de lo posible conocido. China e India, entre otros, van por ese camino. El conocimiento es el verdadero poder. Tal vez después, sólo después, en el momento crucial, es decir, aquel en que se dirime la “socialización” o la “privatización” de tal conocimiento transformador, con su respectiva asignación de roles sociales mundiales, usualmente determinantes por generaciones, es cuando la fuerza deviene en un recurso sin sustitutos.

Para Malvinas, la clave no está en el militarismo. Una guerra prolongada nunca se gana con las armas guardadas en el cuartito del fondo. Una guerra prolongada se gana con aquello que se conoce como “movilidad industrial”. ¿Cuán autosuficiente vas a ser en el autoabastecimiento (fabricación) de tus propios “chaski-boom” una vez que los hayas tirado todos en la vereda de tu casa (para que te miren)?

Plantear el problema del Atlántico Sur como una carrera armamentista tendiente a la búsqueda de la simetría del poder militar con el Reino Unido es un absurdo. Nunca mejor aplicado el “No te gastes”. “La plata nunca te va a alcanzar”, sería en criollo. Si vamos por ese camino, sólo le vamos a allanar el terreno a los intereses de quienes nos desean exhaustos y divididos. Identifiquemos con lucidez a los profetas de la nada, no para acallarnos, sino para sonreírles con ironía y pensar en la sólida quietud de nuestros adentros: “Ya te conozco”.

Estados Unidos y el Reino Unido agotaron a la Unión Soviética con la estrategia conocida como la Guerra de las Galaxias. Quién llega más rápido y más lejos, para devenir en más peligroso, era el motor de ese complejo de identidad. La Unión Soviética no lo entendió y sembró, al ritmo de la producción de armas, pobreza, exclusión y corrupción. Así funciona el “maltusianismo militar”. El poder militar siempre es escaso si el otro tiene un poco más. ¡Cuánto más, cuando ese otro tiene muchísimo más!

Esto no significa que no debemos aspirar a un sistema de armas moderno y eficiente. La conducta de Brasil, paladín del multilateralismo y la resolución pacífica de controversias, puede resultarnos aleccionadora en ese sentido. Pero ese camino es largo, y como se decía en mi barrio, “si te dormís el pasto crece”.

Tradicionalmente se entiende que la Defensa funciona como una póliza de seguros. Pagás una alícuota mensual (sueldos, mantenimiento, reequipamiento) conforme a un set de riesgos probables. Dice la ortodoxia sin lateralidades cognitivas que esta póliza sólo puede generar tres beneficios posibles: 1) “disuasión”, 2) “negación del espacio al enemigo” y 3) “proyección de poder”, al profético grito de: “a un lado esto: la verdad, al otro lado: «el excesivo idealismo y la peligrosa frustración»”. ¿Será cierto esto? Seamos honestos, podemos mucho más.

La Defensa ejerce un monopolio logístico natural insustituible. Así, por ejemplo, sólo una Marina está en condiciones físicas y presupuestarias para navegar permanentemente nuestro mar hasta el límite de la zona económica exclusiva o monitorear la soberanía submarina de nuestros fondos oceánicos. Sólo una Fuerza Aérea está en condiciones de volar a la Antártida. ¿Cuánto le saldría a la ciencia y tecnología de nuestro país una logística autónoma? Si nos permitimos pensar otras cosas, cosas nuevas, aquéllas que desplazan el horizonte de lo posible conocido, tal vez podamos compartir esa logística con bajísimo costo marginal y con escasa afectación de las tareas tradicionales de nuestras fuerzas armadas, posibilitando una altísima rentabilidad social, en términos de investigación y posterior desarrollo científico tecnológico para nuestra economía real.

Nuestras unidades navales podrían albergar núcleos civiles autónomos de investigación científica, contar con equipamientos de última generación para el relevamiento geológico de nuestra plataforma continental, disponer de recursos para la detección y captura de nuestra biodiversidad y otras muchas cosas. Sería desafiar al destructor inglés con los constructores argentinos.

Pensemos una política de defensa en clave Saint Exupery, pero sin Principitos. Hoy más que nunca, “lo esencial” para la economía real del futuro “es imperceptible a los ojos” de la guerra, pero no para la ciencia. Ocupemos el Atlántico Sur con conocimiento, sólo así ganaremos profundidad estratégica, condición sine qua non para una Argentina potencia media en las próximas dos generaciones.

En busca de profundidad popular nacional e internacional

La cultura gandhiana de la no violencia desmanteló el imperio inglés en la India. Hoy vamos por ese camino; hay una sociedad global comprometida y consciente de que no tolera ya algunas injusticias.

El revés diplomático argentino en Sudamérica ha desestabilizado las esferas de influencia del Reino Unido. De allí la furia británica. La restricción de ingreso de barcos con la bandera isleña es una acción espejo al blindaje jurídico que el Reino Unido

realizó a través de la inclusión de Malvinas en los territorios europeos de ultramar. La legitimidad y el aval de un colectivo regional contra otro equivalente.

Los países hermanos de la región hicieron una apuesta a futuro sorteando costos en el presente. Hay que ser justos, no es fácil lograr esa congruencia cuando la interdependencia es densa y compleja y Goliat presiona. Los países hermanos de Sudamérica, presos de los condicionamientos de la historia, tuvieron durante mucho tiempo una posición incongruente entre la declamación y la acción. Por ello, hoy, su adhesión discursiva y material a nuestra causa ha sido doblemente noble y audaz. Estamos llamados a ocupar regionalmente un lugar importante en el moldeado de un vecindario global posoccidental. Todos coincidimos en que el Reino Unido, al igual que cualquier otro poder colonial, poco tiene que hacer en estas latitudes en que emerge una identidad estratégica común.

La clave de la prosperidad de nuestra región pasará sin dudas por el fortalecimiento de la economía real con un lógico y sostenido agregado de valor para el endo-consumo regional y la exportación hacia otras regiones. UNASUR es lo suficientemente rica y vigorosa como para “hacer”, en el plano de la integración física, de la inversión productiva innovativa y del fortalecimiento del mercado de trabajo en clave keynesiana bajo el auspicio de los Estados y de los instrumentos colectivos de nuestra región. Malvinas cuenta para el futuro de América del Sur, y UNASUR cuenta para el futuro de Malvinas. UNASUR es para Suramérica un proyecto colectivo de poder. El sur es más que un mero espacio geográfico, es una idea que re-otorga significado al espacio y al modo en que las relaciones se generan.

La resolución jurídica es inescindible de la solución política del conflicto. El derecho internacional nunca ha sido una prístina expresión del deber ser, todo lo contrario, es la cabal expresión histórica del poder mundial. El derecho ha sido pensado como un laberinto europeiforme sin salida para quien no tiene el poder. El camino del éxito para los militarmente débiles es la creatividad; debemos romper las formas y seguir actuando políticamente. El reconocimiento global nos hace políticamente fuertes. No hay tiempo que perder puesto que parte de la prosperidad de nuestras próximas generaciones está en juego en el vector Malvinas-Antártida.

Este es el momento de repensar dónde concentrar la energía de nuestro poder social constructor. El filósofo y ex ministro brasileño Roberto Mangabeira Unger diferencia tres izquierdas: la izquierda recalcitrante (nostálgica), la izquierda humanizante (resignada) y la izquierda reconstructora (redireccionadora). Somos esa izquierda reconstructora capaz de desafíos aun mayores que los que hemos superado, porque hemos comprendido que se puede moldear plásticamente el curso de los acontecimientos de la historia, co-condicionando positivamente el margen de acción de los que nos han condicionado previamente. Esto no es idealismo, es pragmatismo socialmente comprometido.

